No. 232

LA ESCENA
REVISTA TEATRAL



LA ZARZA ARDIENDO

Drama en 3 actos, original de

J. GONZALEZ CASTILLO y FEDERICO MERTENS

NUMEROS PUBLICADOS

AÑO CUARTO

(Supl. 44.) ¡Cuidado con la pintura!, J. F. Escobar.—158. Gente Canchera, A. Weisbach.—(Supl. 45) ¿Qué hacemos con el cadáver?, G. E. Ossorio.—159. Don Jaime el Conquistador, M. Romero y J. Parra.—(Supl. 46) ¡De puerta en puerta!... Profume, Dowton y Monez Ruiz.—160. El jarrón de Sevres, E. Sánchez.—(Supl. 47) Cada peludo a su cueva, E. P. Maroni y R. Giúdice.—161. ¡Bendita seas!, A. Novión.—(Supl. 48) La cueva de los Buhos, E. Trongé y A. E. Cattáneo.—162. La mano de Dios, F. E. Collazo.—(Supl. 49) El momento Universal, I. Pelay y J. Padilla.—163. Botafogo, F. Parravicini.—(Supl. 50) El hábito no hace al monje, J. Comorera.—164. Madame Pachulí, F. E. Collazo.—(Supl. 51) Gente en la azotea, J. Mazzanti.—165. Lala Marieta, J. M. Casals.—(Supl. 52) La ilusión de Sabatucci, M. Romero.—166. La Ruleta de San Carlos, A. Novión.—(Supl. 53) ¡Pulgarín solo!, Ivo Pelay.—167. El campeón de box, F. Parravicini.—(Supl. 54) Y Colorín, Colorao..., F. E. Collazo y T. Insausti.—168. La gran familia, Hans Sturn, adaptación de R. Cappemberg.—(Supl. 55) El Clásico Primavera, L. R. Acasuso.—169. Mefistófeles, A. J. Ballestero.—(Supl. 56) Recreo y Cancha de Bochas, J. M. Pintos.—170. El Dios de la Suerte, E. García Velloso.—(Supl. 57) Donde hubo fuego, cenizas quedan, F. Iriarte e I. Pelay.—171. Kolossal mujer!..., R. Hicken.—(Supl. 58) Mascotita, G. Okonkososki, trad: R. Cappenberg.—172. La Ratona, A. T. Weisbach.—(Supl. 59) El fresco de Alta Gracia, O. P. Sargenti.—173. Los hijos de Pío Pío, A. Novión.—(Supl. 60) Un viaje al Infierno, C. Schaeffer Gallo.—174. ¡Vigílalo, mamá!...., C. Goicoechea y R. Cordone.—(Supl. 61) El rincón de la alegría, M. Romero.—175. El Candidato, O. R. Beltrán.—176 ¡Pan comido!..., T. Insausti y D. Parra.—177. La Mazurca Azul, de Franz Lehar, trad. J. F. Escobar y C. Cappenberg.—178. La tía Melchora, F. Mertens.—179. El reverendo Catachín, R. Hicken e I. Pelay.—180. ¡Criollos, Gringos y Judíos, A. y M. Rada.—181. El tano de la gran cuestión, F. E. Collazo.—182. Lotería Nacional, R Cappenberg.—183. Mancha de Sol, R. Di Yorio.—184. ¡Con pistola a siete pasos!, J. F. Escobar.—185. Mi hermano el seminarista, F. E. Collazo.—186. ¿Quién es el culpable?, J. P. Alvares y A. González Revilla.—187. El testamento de Fausto, Miguel H. Escuder. —188. Escríbame una carta, señor Cura!... A. J. Ballestero y D. Parra.—189. La Otra, Angela G. Moreno.—190. Pasionaria, J. Luque Lobos.—191. La Vendedora de Harrods, Josué Quesada.—192 Noche de nieve, Roberto Bracco. 193. Los Perros, Armando Moock.—194. Rosas en la nieve, M. H. Escuder.—195. Alma doliente, J. J. Berrutti.—196. Elevación, P. B. Aquino.—197. El talta de Triunvirat J. Luque Lobos y J. C. Traversa.—198. Capaz de montar un potro y sofrenarlo en la luna, A. J. Ballestero.—199. La escuela de los audaces, Roberto L. Cayol.—200. ¡Yo te la cumplo, Agustín!, Agustín Remón.—201. Era un muchacho alegre.... A. Moock.—202. Sangre en la nieve, J. López Silva y N. de las Llanderas.—Supl. 62. Ushuaia, Ivo Pelay.—203. Mi abuela Graciana, F. Mertens.—204.—Un gran señor, R. Hicken.—205. Corrida de... toreros, V. R. Pecci, R. Cabrera y A. De Bassi.—206. Criolla vieja!, P. B. Aquino.—Supl. 63. El bailarín del cabaret, Manuel Romero.—207. El alma del suburbio, Oscar R. Beltrán.—208. La llegada de Charrúa, P. B. Aquino.—209. Los Dopados, A T. Weisbach y R. Doblas.—Supl. 64. La borrachera del tango, E. Alippi y C. Schaefer Gallo.

AÑO QUINTO

210. El hombre del día, C. E. Ossorio y T. Insausti.—Supl. 65. El gran premio nacional, M. Romero.—211. Mr. Ferdinand Pontac y Primer Amor, A. Moock —212. La Vascongada (Pensión barata), I. Pelay. — 213. La araña gris, A. Moock.—Supl. 66. El anillo de bodas, Ernesto Marsili.—214. "El Látigo" (Periódico satírico). O. P. Sargenti—215. Casa tranquila y de confianza, M. Folco y J. A. Bruno. — 216. "Es zonzo el cristiano macho cuando el amor lo domina". E. Alippi y C. Schaefer Gallo—217. Frente a la muerte y Noche trágica, traducciones de B. I. Omar—218. La Pecadora, C. Veneziani, trad. J. F. Escobar—219. ¡Páselo, Cabo!, M. Folco y E. Santos—220. La familia Laernechea, E. Trongé—Supl. 67. El tango de la muerte, A. Novión.—221 Un hombre bre de negocios, D. Parra y T. Insausti.—Supl. 68. Vidalita, J. González Castillo y J. Mazzanti.—222. ¡Porteños diablos!, A. T. Weisbach.—223. El laboratorio de las alucinaciones, A. de Lorde y H. Bouche, versión de J. F. Escobar. - Supl. 69. El Patriarca, J. J. Berrutti.

224. La yegüecita, A. T. Weisbach y R. Doblas—225. La Fija, J. F. Escobar.— Supl. 70. En la puerta de un boliche, E. P. Maroni y R. Giudice.—226. Bohemia loca, I. Pelay.— Supl. 71. ¡A París, muchachos!, M. Flores y L. Ricur—227. Otra cosa es con guitarra, J. A. Mones Ruiz y A. De Bassi.— Supl. 72. ¿Se mata o se perdona?, J. F. Escobar 228. La suerte de turco Alí, J. M. Pintos.— 229. El noy Peret, R. Hicken.— 230.— Ha pasado una mujer, P. B. Aquino.—231. Alí-Babá y los 40 ladrones, I. Pelay.

Tall. gráficos de David Gurfinkel Montevideo 431

AÑO V Buenos Aires, Diciembre 7 de 1922 Nº 232



REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS JUEVES

Dirección y Administración
MONTEVIDEO 421
U. T. 2564, Libertad

Fotógrafo
R. COLISTRO

Administrador:
JOSE COLETTI

LA ZARZA ARDIENDO

Drama en tres actos, original de JOSE GONZALEZ CASTILLO y FEDERICO MERTENS.

Estrenado en el Teatro LICEO, por la Compañía Argentina de Teatro Selecto, el 17 de Noviembre de 1922.

REPARTO

Emilia	Sarah Nuvolone
Jorgelina	Benita Puértolas
Anatilde	Celia Podestá
Gustavo	Adolfo H. Fuentes
Veiga	Francisco Bastardi
Ignacio	Cirilo Etulain
Juan	Miguel Di Carlo

Al colega y compañero Segundo Bresciano con toda estimación personal y literaria
Feb. 1924 J. González Castillo

ACTO PRIMERO

Salita-despacho en un petit-hotel de Belgrano. A foro izquierda, en diagonal, puerta que conduce al hall de la casa. A derecha, en diagonal también, la escalera que lleva a las habitaciones del piso superior, de modo que esta salita-despacho resulta una especie de paso obligado para las gentes de la casa entre el exterior y el interior de la misma. Una puerta practicable a la derecha. En el foro, entre las diagonales, amplio ventanal de vitraux que dá al jardín. A la izquierda gran biblioteca atestada de libros. Un escritorio. Juego elegante de hall, estilo Jacobino. Las paredes adornadas con alto friso a tableros, manteniendo el estilo. Plafonier de hierro forjado. Alguna armadura, bronces, etc.

ESCENA I

GUSTAVO (solo), después VEIGA

(Al levantarse el telón, Gustavo, solo, sentado frente al escritorio y de cara al público, examina unos papeles que va sacando de una pequeña cajita "secretaire" que tiene delante. Los lee con atención y en su ensimismamiento se advierte la honda preocupación que lo domina. Así permanece algunos segundos. A medida que va examinando los papeles hace gestos negativos, como si no hallara lo que busca y que espera no encontrar. Algunos papeles los rompe con rabia, otros los guarda cuidadosamente en la cajita.

En el foro, por izquierda, aparece VEIGA. Es el tipo del médico viejo. Aspecto casi apostólico: alma sincera y leal. Gustavo no ha advertido su presencia. Veiga le observa unos segundos, luego adelanta, y al darse cuenta, Gustavo, no puede contener su sorpresa y guarda precipitadamente los papeles que examinaba, en el bolsillo.)

GUSTAVO.—¡Oh!... maestro... ¿ya está usted de regreso?...

VEIGA.—Sí... me despacharon enseguida. El secretario encargado del pequeño sumario, resultó amigo mío... y fué cosa de minutos.

GUSTAVO.—¿Le interrogaron, acaso?...

VEIGA.—No... Pero como se trata de un suicidio, en el que no ha quedado documento alguno, la justicia exige ciertas fórmulas, por otra parte, indispensables... Como médico de la familia, tuve que ratificar mi certificado de defunción y mi declaración policial de que se trataba de un suicidio...

GUSTAVO.—Pero... no le preguntaron nada acerca de las probables causas de él, como lo hicieron conmigo?

VEIGA.—Sí... pero, como en realidad no existen, o no las conocemos, para evitar fórmulas y demoras inútiles, declaré **(Bajando la voz.)** que la finada padecía de frecuentes crisis nerviosas.

GUSTAVO.—Y así es, en efecto...

VEIGA.—A menos que...

EMILIA.—¡Oh, eso no!... Las causas no pueden haber sido irrevelables.

ANATILDE.—¡Hija! Las causas de un suicidio no pueden ser para andar publicándolas, sean cuales fueran...

EMILIA.—Creí que te referías a su honestidad... ¡Mamá era la mejor mujer de entre todas las mujeres!...

ANATILDE.—¿Cómo pudiste pensarlo? María Antonia era como una hermana nuestra... ¿Verdad, Jorgelina?

JORGELINA.—No nos ocultaba secreto...

EMILIA.—Por eso mismo... ustedes tal vez sepan, sospechen la causa... Hablen ustedes... lo necesito... Yo no quiero pensar que mamá pueda... ¡Oh!... **(Llora.)** ¡Es horrible!....

JORGELINA.—¿Pero, qué te pasa? ¡Jesús!...

ANATILDE.—¿Qué es lo que no quieres pensar?...

EMILIA.—Nada... nada... hablen ustedes... denme un indicio... se lo ruego... necesito este alivio... ¿Por qué se ha suicidado mamá?...

JORGELINA.—¡Pero hijita, valor!... ¿Qué podemos saber nosotras?...

ANATILDE.—Saber, lo que se dice saber, no podemos saber, en efecto... Lo que no quiso confiar a su hija, menos iba a confiarnoslo a nosotras... pero, claro está, nosotras por no ser de la familia acaso tengamos mayores principios de conjeturas que tú para llegar a descubrir los motivos que indujeron a la pobre...

EMILIA.—¡Por favor, hablen!... ¡Hablen! ¡Necesito saber!... Líbrenme de esta angustia. Ustedes deben saber algo...

ANATILDE.—Si es para librarte de una preocupación, hablaré... ya sabes que a mí no me gusta meterme en lo que no me importa... María Antonia era muy celosa, ¿verdad?...

EMILIA.—Sí, creo que sí... Perseguía a Gustavo, a mi padrastro, hasta ponerse en ridículo. Especialmente en los últimos meses.

ANATILDE.—Bueno... Gustavo le daba motivos...

EMILIA.—¡Qué yo sepa! ¿Con quién? ¿Con quién podría dárselos?

JORGELINA.—¡Anatilde!... A Emilia, lejos de tranquilizarla, creo que le añadirás un nuevo dolor...

EMILIA.—¿Con quién le daba motivos de celos? ¡Dilo!...

ANATILDE.—En una fiesta de las de Olmos, Mechita Fuentes estaba con él en la glorieta... bueno... aquí para inter nos... Imagínate... María Antonia los descubrió...

EMILIA.—¿Con Mechita Fuentes? ¡Miserable!... ¡Con esa solterona!?...

JORGELINA.—¿No ves, Anatilde? ¿No ves? ¡Calma, hija, calma!...

EMILIA.—Pero eso... ese simple hecho... no era causa para que... Ustedes saben concretamente algo más... Díganmelo por favor... No imaginan el bien que han de hacerme...

ANATILDE.—No sabemos nada más... Pero, quien se ve en una glorieta, alejada del salón, en plena oscuridad...

EMILIA.—¡Miserable! ¡Miserable!... **(Luego en tono distinto.)** ¡Madrecita mía!... ¡Madrecita mía!... ¡No, tú no te has ido por eso! ¡Tu dignidad habría estado por encima de una mujer inferior a tí!... ¡Tú no te has ido por eso!... **(Solloza.)** ¡Dios mío! ¡Qué misterio será este!...

JORGELINA.—¡Chica!...

ANATILDE.—¡Muchacha! Llama... Esto es algo más que llanto...
(Emilia solloza como petrificada ante una visión.)

JORGELINA.—¡Linda la has hecho! Dirán que nosotras... Hay que socorrerla... A ver... **(Llamando.)** ¡Juan!... ¡Juan!...

ESCENA V

Las mismas, más GUSTAVO, VEIGA y JUAN

GUSTAVO.—¿Qué ocurre? Nena, nena... **(Se acerca y la estrecha**

acariciándola.)

VEIGA.—Emilita... ¿Qué ha pasado?...

GUSTAVO.—No llores... Tranquilízate...

ANATILDE.—No se... Hablábamos de la madre y comenzó a llorar.

JORGELINA.—Eso es todo.

EMILIA.—¡Madrecita mía!...

JORGELINA.—Un poco de éter, conviniera acaso...

GUSTAVO.—No... Nena... nena... no llores... Tranquilízate....

ANATILDE.—Ha sido un ataque de nervios...

VEIGA.—Vaya, Emilia... serenidad...

GUSTAVO.—Sí, hijita... mira que me aflijes...

EMILIA.—Gustavo... ¿Usted, papá?...

ANATILDE.—Ya reacciona... Háblele usted, Gustavo... Háblele...

GUSTAVO.—Emilia, nos has dado un susto... Ven, ven, chicuela... Vamos al jardín... Descansarás allí... al sol... al aire... No te das un momento de reposo... y es claro...

EMILIA.—Sí, papá... sí, vamos...

GUSTAVO.—Apóyate...

EMILIA.—No... **(Cambiando de tono.)** Si puedo sola, gracias...

GUSTAVO.—¡Vaya! Estás extenuada... Apóyate... **(Hace que le cruce un brazo por sobre los hombros y luego la rodea él la cintura.)** Así... despacito... disculpen ustedes...

ANATILDE.—¡Oh, valiente!... Si usted quiere, Gustavo, podremos acompañarla...

GUSTAVO.—No, gracias... pero creo que sería mejor que quede sola... ¿No le parece, maestro?

VEIGA.—Así es... Conviene más... La charla y los recuerdos la afligen más...

GUSTAVO.—Con permiso... ¡Trae unos almohadones, Juan! **(Se lleva por derecha a Emilia, sollozando. Juan toma dos almohadones y vase tras ellos.)**

ESCENA VI

VEIGA — ANATILDE — JORGELINA

JORGELINA.—¡Pobre Emiiita!... Es la misma debilidad...

VEIGA.—¡Pero, qué ha ocurrido, en realidad!...

ANATILDE.—Nada, doctor... Hablábamos de la muerte de la madre y como a sus preguntas, le dijéramos algo de aquel disgusto que tuvo María Antonia con Gustavo, por celos... se echó a llorar, nerviosa... y se nos desmayó casi...

VEIGA.—¿Y para qué le hablan ustedes de eso?...

JORGELINA.—¡Jesús!... Por que ella misma nos obligó... Nos dijo que la madre era muy celosa... y no pudimos suponer que el nombrarlo a Gustavo la iba a impresionar así...

ANATILDE.—Sí, por que en realidad solo eso fué lo que la impresionó... ¿Qué piensa usted, doctor?...

VEIGA.—Yo no pienso nada, señoritas... ¡Con permiso y buenas tardes! **(Toma su sombrero y vase por foro.)**

ESCENA VII

ANATILDE y JORGELINA

ANATILDE.—¡Otra cerradura "Yale"!... Jesús... Y nos han dejado como en misa.

JORGELINA.—Creo que hemos nombrado la soga en la casa del ahorcado, che...

ANATILDE.—Así me parece a mí también... Aquí hay algo de misterioso... y de fácil a la vez... ¿no te parece?...

JORGELINA.—No seas mal pensada... ¿por qué lo dices?...

ANATILDE.—Acordate de Napoleón... y "Cherchez la femme!"...

JORGELINA.—¡Jesús!... ¡Sería horroroso!... ¡Monstruoso!.....

ANATILDE.—Pero posible, ¿no es verdad?...

JORGELINA.—**(Misteriosamente.)** Para inter nos... ¡creo que tienes razón! ¿Vamos?

ANATILDE.—¡Vamos! **(Van a salir por foro. En este instante sale por derecha Juan y entran a escena por foro Veiga e Ignacio.)**

ESCENA VIII

JORGELINA — ANATILDE — JUAN — VEIGA — IGNACIO

(Al ver entrar al nuevo personaje las dos mujeres se detienen un momento; saludan con una inclinación de cabeza.)

ANATILDE y JORGELINA.—¡Caballero!...

IGNACIO.—¡Señoritas!....

VEIGA.—**(Sin presentarlos.)** Gustavo debe estar acompañando a Emilita en el jardín... Si quieres ir allá, vamos... si no, me esperas un minuto, yo le advertiré... Como Emilia acaba de sufrir una crisis...

IGNACIO.—Sí... le esperaré aquí, doctor... Es mejor...

ANATILDE y JORGELINA.—**(Viendo que no les prestan atención.)** Caballeros, buenas tardes... **(Saludan y se van por foro.)**

IGNACIO.—¡Señoritas!...

VEIGA.—¡Buenas tardes! **(A Juan.)** Acompaña a las señoritas... y luego cierras la verja no más!...

JUAN.—Muy bien, señor... **(Mutis foro detrás de Jorgelina y Anatilde.)**

ESCENA IX

IGNACIO — VEIGA, luego GUSTAVO

VEIGA.—Le advertiré a Gustavo que estás tú... y entre tanto yo acompañaré a Emilia... tú comprenderás...

IGNACIO.—Sí, doctor, sí... como usted guste...

VEIGA.—¡Bien!... **(Vase por derecha. Ignacio queda solo un instante. Observa los muebles, toma un libro y se dispone a sentar, cuando entra Gustavo.)**

IGNACIO.—¡Señor Morales!... Créame usted que he quedado consternado con la noticia... **(Le tiende las manos en un franco y leal ademán.)** ¡Se me hizo difícil creerla!...

GUSTAVO.—Así, es, Ignacio... ¡Gracias! Que le hemos de hacer... ¡Siéntese!...

IGNACIO.—Yo, francamente... no venía desde la semana pasada, por que... no se si usted sabrá... habíamos tenido con Emilia un pequeño disgusto... Cosas de enamorados...

GUSTAVO.—**(Seco.)** Algo he oído...

IGNACIO.—Sí... tonterías... reyertas de novios... Desde hace un par de meses, Emilia se mostraba un tanto indiferente, fría, diría... calculadamente, sin duda... usted sabe lo que son las novias... y como somos de exigentes los enamorados... y, es lógico... por no saber por que discutir... discutimos hasta por eso... ¿Verdad?...

GUSTAVO.—Sí, así es...

IGNACIO.—Su esposa, que en gloria esté, se afligía mucho con esas cosas... pero, como Emilia continuaba con sus, como diré... con sus estudiados desdenes, el sábado anterior reñimos más seriamente que nunca y nos separamos para siempre!... ¡para siempre!... una palabrita muy socorrida de todos los enamorados...

GUSTAVO.—Así es...

IGNACIO.—Parece que le molesto con estas tonterías, doctor ¿no?...

GUSTAVO.—No, no... no me molesta... Las comprendo... pero usted debe disimular.... Mi estado de ánimo...

IGNACIO.—Sí, doctor, sí... Yo mismo no se como puedo hablarle de esto..., pero lo hago para explicar mi ausencia... ¡Quién iba a imaginarse! Yo no leo nunca los avisos fúnebres... y la casualidad quiso que no hallara a ningún amigo común hasta hoy que tropecé con el doctor Veiga y me enteró de la enorme desgracia!...

GUSTAVO.—Es lo mismo. Está usted disculpado... Fué tan ines-

perada...

IGNACIO.—Así es... Cuando el doctor Veiga me informó de la desgracia... de la tragedia, diré... me sentí hasta torturado por mi conciencia. Se lo aseguro a usted. Me parecía tener mi parte de responsabilidad en ella... por mi ausencia de estos días... Y por eso corrí a ver a ustedes, a Emilia, que debe estar desesperada, ¿verdad?

GUSTAVO.—Sí... profundamente consternada...

IGNACIO.—¡Pobrecita!... Y yo sin venir a darle mi pésame... el pobre consuelo de mi compañía... Créame usted, doctor, hoy he venido, olvidando todas estas tonterías, resuelto a formalizar mi compromiso con Emilia, si su estado de espíritu le permite recibirme... La pobre finada lo deseaba cordialmente.... especialmente por usted...

GUSTAVO.—¿Por mí?

IGNACIO.—Sí... Su noble esposa creía encontrar alguna oposición en usted. No lo afirmó nunca... pero no dejaba de insinuarlo...

GUSTAVO.—Sí... es posible... pero eran preocupaciones infundadas de la pobre.... ¡Cavilaciones!

IGNACIO.—Yo siempre lo supuse así... **(Pausa.)** Y Emilia... no le había confesado a usted esa reyerta nuestra?

GUSTAVO.—No... nunca me ha dicho nada de ello... Por otra parte, como usted lo dice, acaso fueran simples mimos de ella....

IGNACIO.—¿Podré verla, doctor?...

GUSTAVO.—Sí... No creo que haya inconveniente, pero—y discúlpeme usted, — yo preferiría que no renovaran sus rencillas... La pobrecita está demasiado conmovida...

IGNACIO.—Pierda usted cuidado, doctor... Si usted lo cree prudente, no le diré una palabra de nuestro asunto....

GUSTAVO.—Creo que será mejor... Ahí la tiene usted. **(Aparecen por derecha Emilia y Veiga.)**

ESCENA X

Dichos — EMILIA y VEIGA

VEIGA.—Vaya... aquí está... Es necesario que no comiencen con sus chiquilladas y sean más formales... sobre todo, más valientes..... Vaya... Yo con Gustavo nos iremos al jardín... **(Hace una seña a Gustavo y sale con él por derecha.)**

IGNACIO.—¡Emilia!... **(Le tiende las manos cariñosamente. Ella se echa a llorar e Ignacio la toma entre sus brazos.)** ¡Emilia!... No llores. Por Dios... cálmate!... Me destrozas el alma... Vaya... No seas así... Y perdóname!... Perdóname... He sido un miserable... un perverso... pero nunca pude suponer que mi conducta iba a hacerte tanto daño... que nuestra tonta pelea iba a coincidir con esta desgracia... Perdóname... Hoy vengo resuelto a reparar toda la pena que te he causado y a prometerte que en lo sucesivo no te procuraré más disgustos... Y tú me perdonarás, ¿verdad?... Vengo a pedírtelo de rodillas, si es necesario, nena!....

EMILIA.—No, Ignacio... Nada tienes que pedirme... La culpable he sido yo, yo sola la perversa... eres tú, más bien quien tiene que perdonar...

IGNACIO.—¿No ves? ¿No ves?... Así son todas las cuestiones del amor... Los dos hemos sido malos, y los dos somos ahora los arrepentidos... Vaya... Cálmese y hablemos... Ven, siéntate aquí... aquí a mi lado... y no recordemos nada triste... Los que se quieren no deben recordar... deben esperar, confiar, nada más... **(La sienta en el sofá y él a su lado, muy estrechamente.)** Dime, corazón... ¿me quieres?.... ¿Me quieres mucho?...

EMILIA.—**(Mirándolo fijamente a los ojos.)** ¿Y tú?...

IGNACIO.—¡Con toda mi alma!... No puedes imaginarte lo que he sufrido con esta separación de ocho días... que me han parecido ocho años. Con el miedo de perderte "para siempre" como me lo dijiste eno-

jada... con el miedo de que continuaras con tu ira... Y luego, hoy, cuando supe la muerte de tu pobre madre, con la idea cruel, terrible, de que, acaso, mi ausencia hubiera aumentado tu pena... o de que nuestra ruptura hubiera sido la causa de la tragedia....

EMILIA.—¿Cómo?... ¿Eso pensaste?...

IGNACIO.—Sí, querida... eso pensé... Estaba desesperado... Tu buena madre me estimaba... me quería, y veía con orgullo, con verdadera alegría nuestro noviazgo... En mis tantas suposiciones llegué a creer que la noticia de nuestra rencilla podría haber provocado un disgusto contigo... y este...

EMILIA.—¡Oh, no! No lo digas... Yo no podría sobrevivirla.... ¡Pobre madre mía!... Ella ignoraba en absoluto nuestras cosas... yo no quise decírselo, para no disgustarla...

IGNACIO.—Has hecho bien, nena... La pobrecita estaba encantada con nosotros, ¿verdad?...

EMILIA.—**(Bajando la vista.)** Sí....

IGNACIO.—Y aún más encantada viéndote cada día más enamorada de mí... más enamorados uno del otro, ¿verdad?... ¿Te acuerdas cuando nos dejó solos aquella noche del baile en lo de Smith?... Y después, cuando tramaba aquellos partidos de tennis, haciéndonos compañeros... ¿Te acuerdas?...

EMILIA.—Sí... Ignacio... sí... ¡Pobrecita!... **(Se levanta.)**

IGNACIO.—Me parece estar viéndola el día en que le pedí permiso para visitarte... se le iluminó la cara de alegría y me contestó: "Si usted no me pide ese permiso, tendría yo que pedirle que viniera, Ignacio, porque noto a la nena cada día más prendada de usted"... ¿Era cierto eso, mi nena?....

EMILIA.—A ella se le había puesto así...

IGNACIO.—¡Y tú lo estabas, sí!... Ya me querías, como yo a tí... Como me quieres ahora... Un poco menos... pero me querías, ¿verdad?... Y hoy me quieres un poco más que ayer y un poco menos que mañana, no es cierto?... A ver, dígamelo, señorita indiferencia... Princesa Témpano... A ver... Dígame que me quiere...

EMILIA.—**(Casi sollozando.)** Sí, Ignacio... te quiero... pero quisiera... quisiera quererte más...

IGNACIO.—**(Abrazándola.)** Y me querrás... nos querremos... más, mucho más, porque lo manda su mamita que está en el cielo, porque lo ordena su mamá que está viéndonos... Mucho más... **(Emilia rompe a llorar amargamente. Ignacio se pone de pié sobresaltado.)** ¡Emilia! ¡Emilia!... Nena... ¿Qué tienes?... No llores... por Dios!... ¿Por qué te pones así?... ¡Nena!....

EMILIA.—**(Desplomándose en el sofá de bruces y llorando a gritos como lo hacen las mujeres ante los cadáveres.)** ¡Madre mía! ¡Madrecita mía!....

ESCENA XI

Dichos — GUSTAVO — VEIGA

GUSTAVO.—**(Entrando precipitadamente.)** ¿Qué ocurre?... ¿Qué ha pasado?....

IGNACIO.—**(Afligido.)** La pobre... ha sufrido una crísis... no me explico...

GUSTAVO.—¡Nena! ¡Nena!... ¡Mi vida!... ¿Qué tienes?... ¡Calma, por Dios!... Estoy yo aquí... Ven, mi vida... ven, no llores.... Vamos a tu cuarto.... **(La incorpora, tomándola entre sus brazos.)** ¡Cálmate... nena!...

VEIGA.—Sí, Emilita... Resignación... ¡No te pongas así!...

EMILIA.—¡Vamos, papá... ¡Vamos!....

GUSTAVO.—**(Fuera de sí, agitadísimo, los ojos desorbitados, encarándose con Ignacio.)** ¿A qué viene usted a afligirla más con sus tonterías? ¿No le dije que no renovara sus estúpidas rencillas?.... ¿No ve usted lo que ha hecho?... **(A Emilia.)** Vamos, mi vida... ¡Vamos!.....

¡Cálmate!... **(Vase llevando a Emilia por foro derecha. Veiga e Ignacio quedan como petrificados, sorprendidos por la salida de tono de Gustavo. La misma Emilia, estupefacta, reacciona, se separa de él bruscamente, y con los ojos desmesuradamente abiertos como si comprendiera de golpe una enorme, una terrible verdad, murmura:)**

EMILIA.—¡Gustavo!... ¡Papá!....

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA I

JUAN — VEIGA

(Entran por foro. Veiga llega de la calle.)

JUAN.—Salió después de almorzar y no ha regresado aún... Le avisaré a la señorita...

VEIGA.—¡Espera!... ¿Cómo siguen los ánimos por aquí?

JUAN.—Al parecer... más tranquilos, doctor.

VEIGA.—¿Cómo, "al parecer"?...

JUAN.—Sí, doctor... quiero decir, que, por lo menos la señorita, no llora tanto ya... parece más resignada...

VEIGA.—¿Y Gustavo?...

JUAN.—Al señor lo veo muy poco... Los escasos momentos que está en casa se encierra aquí... y no sale más que para irse a la calle...

VEIGA.—Sí... El pobre está muy abatido... Ve... Anúnciame a Emilia... quiero verla...

JUAN.—**(Medio mutis. Se detiene; duda un instante.)** Este... yo, señor...

VEIGA.—Que... ¿Tienes algo que decirme?

JUAN.—No, señor, nada... Una cosa que se me había ocurrido... Pero es lo mismo... otro día....

VEIGA.—Habla con franqueza... ¿Deseas saber algo?

JUAN.—Sí, señor... ya que usted es tan bueno...

VEIGA.—A ver...

JUAN.—Yo quisiera saber, doctor, si el patrón va a tomar alguna resolución, es decir... si se mudará de esta casa... o se quedará no más en ella...

VEIGA.—¿Por qué? ¿Qué te interesa saber a tí lo que él hará?....

JUAN.—No es por nada, doctor... pero francamente... yo quisiera saber si he de quedar a su servicio como hasta ahora... y si no... buscarme con tiempo donde ir...

VEIGA.—¡Hombre!... ¿Por qué tienes esa preocupación?... ¿Ha ocurrido algo?... ¿Te ha dicho algo, Gustavo?...

JUAN.—No, doctor, no... al contrario... Yo le estoy muy agradecido al señor Gustavo... y a la niña... pero... pero... Usted sabe que yo estoy en la casa desde que la señora finada la compró... es decir, desde que se casó con el otro marido... antes de nacer la niña Emilia...

VEIGA.—Y bien...

JUAN.—Nada, doctor... sino que... que yo seguía sirviendo aquí por la señora finada... que me honraba con su confianza... Y ahora...

VEIGA.—Ahora sigues mereciendo la de Gustavo y, especialmente, la de Emilia... y no veo por que no has de continuar como antes...

JUAN.—Sí, señor... pero, lo digo, por que, francamente, sin la señora finada, esta casa... parece otra... La niña es muy buena, el señor Gustavo también... pero, yo no se... falta la señora... el alma de la casa, como dicen... Aunque viniera otra patrona, otra familia, otra gente, doctor... yo no se, a mí me parecería no estar en la misma casa donde he servido 20 años, doctor... Veinte años... casi la mitad de mi vida... Usted comprenderá... No es falta de cariño ni de confianza... Es una especie de tristeza, de vacío... ¡Qué se yo!....

~~VEIGA.—Sí, Juan... sí, te comprendo; has dicho bien~~: la tristeza del nido vacío... Ninguna otra madre, ninguna otra familia, puede devolverle el calor de la madre muerta... Los nidos solo sirven una vez!....

JUAN.—Así es, doctor... Aunque vengan otras primaveras... y los pichones se hagan madres!... Por eso, doctor, yo quería saber si el patrón se quedará... o se irá... No se por que, pero es una necesidad muy grande de saberlo, la que tengo...

VEIGA.—Lo sabrás pronto, Juan... Yo te lo averiguaré... Y ya que hemos entrado en estas confidencias de camaradas... y, especialmente, de viejos, ahora soy yo quien va a preguntarte algo, Juan...

JUAN.—Lo que usted guste, doctor...

VEIGA.—¿Me responderás con franqueza y sin pensar nada malo de lo que te pregunte?...

JUAN.—Sí, doctor... ¡Por qué he de pensar!...

VEIGA.—Bien; dime: ¿A qué motivos o causas atribuyes tú el suicidio de la señora?...

JUAN.—Francamente, doctor... yo no lo sé... ni sabría a qué atribuirlo... Así lo declaré al Comisario...

VEIGA.—¿La finada, alguna vez intentó suicidarse antes de ahora?.. ¿No sabes tú si tenía ideas de esa naturaleza? Durante su primer matrimonio... o durante su viudez?

JUAN.—Que yo sepa, nunca, señor... Al contrario, era muy alegre y muy buena. Más, casi diré que quería mucho a la vida... porque era hasta presumida... le gustaba vestirse bien, divertirse... pasear...

VEIGA.—¿Y después de casada con Gustavo?

JUAN.—Lo mismo, doctor... hasta hace muy poco tiempo... un año más o menos, que comenzó a ponerse triste, seria... callada... con todos...

VEIGA.—¿Y con Gustavo también?

JUAN.—Sí, doctor... con él también... y hasta con la niña Emilia....

VEIGA.—¿Había rencillas, peleas frecuentes entre ellos?...

JUAN.—(Cohibido.) Sí, doctor... Había...

VEIGA.—¿Y la noche del suicidio?... ¿Tú viste u oiste algo?...

JUAN.—No, doctor... nada... pero ya hacía tres días que el patrón no venía a comer ni a cenar...

VEIGA.—¿Se acostaba tarde?...

JUAN.—Sí, en los últimos tiempos... Y dos días antes, la finada se quedó sola hasta el amanecer... que volvieron el patrón y la niña... A mí me hizo quedar levantado...

VEIGA.—¿A dónde habían ido?...

JUAN.—A una fiesta... creo que en el Tigre...

VEIGA.—La finada no fué porque estaba un poco enferma ya, ¿no?

JUAN.—Yo no lo sé, señor... pero a mí no me pareció enferma... más bien preocupada... triste... lloró mucho esa noche... y el otro día....

lencio, las sombras tentadoras envolviendo las cosas y las almas, pasé por el cuarto de Emilia, no pude contenerme... Me ví solo, impune.... Al fulgor de la luna el busto de Emilia se destacaba como una enorme flor rosada entre las ropas cándidas de la cama... y en puntillas, como un ladrón, con la inconsciencia de un sonámbulo, fuí hasta ella y la besé.... la besé, una vez, pero con todo el ardor y la fiebre de mi deseo...

VEIGA.—¡Monstruoso!... ¡Monstruoso!... ¿María Antonia te estaba observando?

GUSTAVO.—Sí, maestro... En la oscuridad, como un espía... Cuando entré a nuestro dormitorio toda su amargura estalló... Al sacar mi revólver, que dejé sobre el velador sin preveer lo que ocurriría, me lo ofreció en un gesto perverso... "¡toma me gritó!... ¡Mátate!... ¡Mátate!!... ¡O me mataré yo!"... Huí del dormitorio... me vine a encerrar a mi despacho... pero dejando el arma en sus manos... ¿Por qué no se la quité?... ¿Qué fuerza misteriosa ensombreció mi razón hasta no dejarme preveer la tragedia? Oh, maestro... Ese es mi pecado... esa es la verdad absoluta... la que usted quería saber... la que yo me negaba a arrancar de mi conciencia y que me estaba quemando las entrañas..... Ahora: acúseme usted!... Diga usted la última palabra... sea cual fuere... ¡Yo quiero la paz de mi espíritu!... ¡Yo la necesito, maestro!... **(Se echa a llorar amargamente.)**

VEIGA.—Sí, llora, llora Gustavo... tu espíritu ha menester de ese refrigerio de las lágrimas... tú lo has dicho... Somos una zarza en el erial. Nuestra indigna maleza agosta toda noble ~~vegetación...~~ Pero una zarza fué también el símbolo elegido por Dios para darse a conocer.... Envuelta en llamas la copa y minado en brasas el tronco, la zarza ardiente de la leyenda bíblica, seguía floreciendo y fructificando, en flores albas de armiño y en frutos rojos de sangre... Aún tienes tiempo de realizar el prodigio en tí mismo!....

GUSTAVO.—¡Cómo, maestro, cómo!...

VEIGA.—¡Cortando por lo sano!.... ¡Hoy mismo, ahora mismo!... Dejarás esta casa... Harás un viaje a Europa... a Chile, a cualquier parte... Pondrás tierra y tiempo entre tí y tu propio pecado... Emilia vendrá a mi casa. Mi buena hermana Adela será una madre para ella... y, apenas las cosas estén listas, se casará Emilia con Ignacio... y con el olvido vendrá la paz...

GUSTAVO.—¿Con Ignacio?...

VEIGA.—Sí... Con Ignacio. Acaba ella misma de citarlo... y el muchacho está dispuesto a formalizar su boda cuando Emilia lo quiera...

GUSTAVO.—Pero... Doctor... ¿Y usted cree que Emilia... será feliz con él?...

VEIGA.—Sí... Y en último caso tú estás inhabilitado para juzgar en ello...

GUSTAVO.—¡Maestro!....

VEIGA.—Sí... ¡inhabilitado!... Tu propia confesión lo prueba.... ¿Te resuelves?

GUSTAVO.—Pero, maestro... Me impone usted un duro sacrificio...

VEIGA.—No. Te impongo una condena... Es el precio de tu culpa... te la impone tu conciencia, el alma de la muerta... la justicia inmanente del Destino...

GUSTAVO.—Pero yo no tendré fuerzas, maestro... A su vista, en su presencia, yo pierdo todos mis atributos... ¿Con qué ánimo? ¿Con qué valor podré separarme de ella, ahora... ahora, precisamente, que la misma conciencia me acusa... que nos acusa, acaso, a ambos?...

VEIGA.—Con el valor de tu moral, de tu propio remordimiento..... Ya lo sabes... O te resuelves ahora mismo, o ahora mismo abandono yo esta casa... ¡Y qué la sangre que se derramó por tu propia culpa, siga enrojeciendo tu vida!....

GUSTAVO.—¡Qué horrible!... ¡Qué horrible!

ESCENA IV

Dichos y JUAN

JUAN.—**(Apareciendo por foro, tímidamente.)** El señor Ignacio....

VEIGA.—Recíbelo... Emilia le espera... Yo te acompañaré en tu entrevista con él... **(Bajo.)** Y disimula.... ¡Que la sospecha no continúe cundiendo!... **(Gustavo asiente con la cabeza. A Juan.)** Hazle pasar aquí, Juan, y anúncialo a la señorita Emilia. **(Vase Juan. A Gustavo.)** Yo le informaré de tu viaje... y todo lo demás corre por mi cuenta...

GUSTAVO.—Haga usted lo que quiera, maestro... Y gracias... Muchas gracias. **(Le dá la mano en un franco apretón. Aparece por foro Ignacio. Juan vase por la escalera.)**

ESCENA V

VEIGA — GUSTAVO — IGNACIO

VEIGA.—Pasa, Ignacio...

IGNACIO.—Señor Morales.... **(A Gustavo.)**

GUSTAVO.—Buenas tardes. Ignacio.... **(Le tiende la mano que Ignacio aprieta con la suya.)** Usted habrá sabido disculpar mi descortesía del otro día.... ¿verdad? Créame usted que lo he lamentado... Pero no puede usted darse una idea de mi estado de ánimo....

IGNACIO.—No se preocupe usted, doctor... Yo lo he comprendido así... Me sorprendió en efecto su reproche... no creí merecerlo... pero lo atribuí a eso mismo...

VEIGA.—Sí, puedes creerlo, Ignacio... Gustavo ha quedado demasiado conmovido para poder dominar sus impulsos... sus violentas inquietudes... pero aquello ya pasó... y no se hable más de ello... Siéntate... Ahora vendrá Emilia... Entre tanto conviene que te comuniquemos una novedad que, por ahora, Gustavo ha reservado a Emilia, por no agravar su tristeza...

IGNACIO.—Usted dirá, doctor... **(Se sienta frente a ellos.)**

VEIGA.—Gustavo quiere sacar a Emilia de esta casa lo más pronto posible... Este sitio está llenos de recuerdos de su pobre madre... es, además, demasiado grande y demasiado solo para ella...

IGNACIO.—Lo mismo he pensado yo... Y francamente, ya me extrañaba que el doctor no hubiera adoptado antes la medida...

GUSTAVO.—Por no contrariar a Emilia... La pobrecita vive encariñada a esto... Acaso se opondría a abandonar la casa...

VEIGA.—Pero ahora hay un pretexto... Gustavo tiene que hacer un viaje por asuntos de su profesión, y precipitadamente... No puede llevar consigo a Emilia... tú comprenderás....

IGNACIO.—En efecto...

GUSTAVO.—Y es cuestión de algunos meses, además...

VEIGA.—Sí... y hemos resuelto que Emilia vaya a mi casa... Con mi hermana Adela no echará de menos la ternura maternal... La conocemos desde que nació... y allí podrá reponerse rápidamente de su dolor y de su salud... porque Emilia no es todo lo fuerte que fuera de desear.

IGNACIO.—Me parece muy acertado, doctor...

VEIGA.—Sí... indispensable. De este modo la alejaremos de aquí... y entre tanto tú te encargarás de renovar su alegría del vivir, mientras se prepara la boda. ¿Te parece bien?....

IGNACIO.—Todo lo que ustedes resuelvan merece mi aprobación, doctor... Y su viaje, señor Morales, debe hacerse tan pronto?

GUSTAVO.—Sí... Dentro de dos o tres días... lo más pronto posible...

IGNACIO.—¿Emilita no está enterada aún?...

GUSTAVO.—No... Pero yo se lo advertiré....

IGNACIO.—La afligirá, sin duda, su ausencia... ¡le quiere tanto!...

GUSTAVO.—Me quiere... si... es verdad... no ha conocido otro padre...

IGNACIO.—Y con la muerte de la madre más aún... Así lo pensé

VEIGA.—(**Brusco.**) Bien... Ya hemos charlado demasiado. Nada de esto tiene importancia. Ve a anunciarme a Emilia...

JUAN.—Muy bien, dcotor. (**Vase por foro derecha.**)

ESCENA II

VEIGA. Luego EMILIA

(Veiga queda solo un momento denotando una profunda preocupación. Suspira hondo, se pasa la mano por la frente como para despejarla de las ideas que la asaltan en tropel. Se sienta y apoya la cabeza sobre ambas manos, quedando así, en actitud meditativa, unos segundos. Luego aparece por la escalera de foro Emilia, lentamente, imperceptiblemente. Contempla al viejo un instante antes de hablarle.)

EMILIA.—¡Maestro!... ¡Doctor!...

VEIGA.—¡Emilita!... (**Dándole las manos.**) ¿Cómo estás, hijita?... ¿Te sientes ya más tranquila?...

EMILIA.—Que remedio, doctor...

VEIGA.—¡Bien, bien!... Eso es lo importante... ¡Qué la resignación se haga al fin!... ¡Es la ley! ¿No has salido a la calle aún?.... Deberías tratar de distraerte.

EMILIA.—Sí, doctor... he ido a la iglesia ayer y hoy... Me ha parecido hallar un nuevo consuelo en la oración... pero... ¡me siento tan sola, tan sola, doctor!... que la misma iglesia me dá miedo, me asusta...

VEIGA.—Se explica, se explica, hijita... Tu pobre madre era tu compañera... tantos años de inseparable intimidad no pueden olvidarse así como así, en unos días... Pero ya te hallarás, ya te hallarás... ¿No nas visto a ningún amigo? ¿No han venido visitas?

EMILIA.—No ,doctor. No he querido ver a nadie. Me molestan.... Por otra parte, usted sabe, doctor... Mamá era un poco retraída en eso... y desde hace tres o cuatro años no mantenía relaciones con casi nadie...

VEIGA.—Así es... Su misma enfermedad...

EMILIA.—¿Enfermedad?... Pero, ¿acaso, mamá era enferma? Nunca se habló de eso aquí, doctor.

VEIGA.—Sí, es decir... enferma, precisamente, no... pero, vamos, sufría esas crisis nerviosas... histéricas que decimos nosotros, con alguna frecuencia, y eso mismo la hacía poco expansiva... poco comunicativa....

EMILIA.—¡Ah! Eso sí... Ultimamente no quería ni salir... Prefería dejarme ir sola con... con papá, cuando había alguna fiesta...

VEIGA.—Sí... es verdad... es verdad... Yo mismo se lo aconsejaba... No le convenía fatigarse... y, dime... querida... ¿qué sabes de Ignacio? ¿No has vuelto a verlo?

EMILIA.—No, doctor... después de la escena del otro día no me atreví ni a escribirle... ¡Pobre Ignacio!... Yo fuí la culpable... El no me había dado ningún motivo... Al contrario... nunca fué tan bueno, tan correcto, tan noble... pero, yo no sé que sentí, cuando el pobre comenzó, por consolarme, a hablar de mamá... que, lealmente, me pareció enloquecer!... Y Gustavo... papá, fué injusto también con él... No debió tratarlo así... no debió...

VEIGA.—¡Es que tu padre anda trastornado, el pobre!... Hay que disculparlo... Yo se lo he dicho así a Ignacio y él lo ha comprendido....

EMILIA.—¡Ah!... ¿Le ha visto usted? ¿Qué dice? ¿No está ofendido?...

VEIGA.—No. Por el contrario. El buen muchacho no sabía como excusarse.... se creía realmente culpable... Y me ha pedido que lo reconciliase contigo y con Gustavo...

EMILIA.—¡Ah! ¿Quiere venir?

VEIGA.—Desde luego... Yo no creo que el detalle ese haya podido enfriar vuestras relaciones. ¿No es así?...

EMILIA.—Así es, maestro... pero como papá fué tan violento.... tan grosero, diría, con él... yo pensaba...

VEIGA.—¿Qué no vendría más? ¿Qué se alejaría para siempre? **(Riendo.)** No, no, Emilita... Te quiere demasiado el muchacho para sentir tales susceptibilidades... Ya lo verás.... Viene más amoroso que nunca... y en cuanto a Gustavo, supongo, que tampoco tendrá inconveniente en olvidar esa tontería, ¿verdad?...

EMILIA.—Tal vez...

VEIGA.—Sí, sí... Tendrá que olvidarla... Por otra parte es tiempo ya de pensar seriamente en tu matrimonio... en el futuro, en la vida!... Esta soledad no puede, no debe seguir mucho tiempo más.... ¿No opinas tú así?

EMILIA.—¿Yo?... Francamente, doctor... no he pensado un momento en mi matrimonio... No se... ¡No se!... Será acaso una consecuencia de esta desgracia sufrida... pero hasta me ha parecido la visita de Ignacio una cosa extraña... Se lo diré lealmente, doctor... lo tenía casi olvidado ya cuando él vino el otro día...

VEIGA.—¡Vaya, vaya!... No digas eso, muchacha... A tí te ha herido muy hondamente la muerte de tu santa madre, y eso es todo... Ahora hay que cicatrizar esa herida, llenar el hueco del corazón con otro gran amor; y la dicha renacerá... y con ella la paz, la confianza, el deseo de vivir... Vaya. He quedado comprometido con Ignacio en avisarle por teléfono cuando deba venir... Está muy cerca... ¿Me autorizas a llamarlo?

EMILIA.—¿Ahora?

VEIGA.—Sí, ahora... Aprovecharemos la ausencia de tu padre.... a fin de que, cuando regrese le encuentre aquí... ¡dos pájaros de un tiro!... ¿No te parece?

EMILIA.—¿Y no será mejor consultarlo antes a él?

VEIGA.—¿A quién?

EMILIA.—A Gustavo... ¡a papá!...

VEIGA.—No, no... Que lo encuentre aquí... Yo estaré presente... y no habrá más que verlos abrazarse... Vaya. ¿Le llamo si o no?

EMILIA.—Como usted guste... doctor...

VEIGA.—Bien. **(Va al aparato del teléfono y llama.)** ¡Hola!... Belgrano 321... Bien... **(A Emilia, mientras espera la respuesta.)** Será para el pobre Ignacio un alegrón... Estará esperando este llamado ansiosamente... El pobre te quiere demasiado... demasiado... **(Al teléfono.)** ¡Hola!... ¿Ah, eres tú? Si, yo... Oye. Puedes venir cuando gustes... Sí... Aquí está... ¿Quieres hablarla? Bien... Yo te esperaré... Un momento... **(A Emilia.)** ¿Quieres decírselo tú misma?

EMILIA.—**(Con desgano.)** Bueno... **(Toma el receptor.)** ¿Con quién? Oh... Sí... Yo... Bien... Sí... Más tranquila... un poco.... ¡Bah! ¿por qué? Sí, Ignacio, sí... Puedes venir... Papá no está pero no debe tardar... Bueno, es mejor... ¡Hasta luego!... Gracias... Te esperamos... **(Deja el teléfono.)**

VEIGA.—¿Lo ves? Es lo que el pobre ansiaba con locura... En estos días no se atrevió a llamarte temiendo que le contestaras negativamente...

EMILIA.—¡Qué tonto!... Bueno, doctor... me voy a arreglar un poco para recibirlo.

VEIGA.—Me parece muy bien... La coquetería es la primera virtud del amor... Ve no más...

EMILIA.—**(Viendo aparecer en el hall a Gustavo.)** Ahí está papá... Avísele usted que vendrá Ignacio... Me voy... **(Vase precipitadamente por foro.)**

ESCENA II

VEIGA — GUSTAVO

(Entra Gustavo. Al ver subir por la escalera a Emilia se detiene observándola con sorpresa.)

VEIGA.—Buenas tardes, Gustavo...

GUSTAVO.—Buenas, maestro... ¿Por qué se va Emilia?...

VEIGA.—¿Por qué ha de irse?... Se marchaba ya cuando tú entrabas... ¿Por qué lo preguntas?

GUSTAVO.—Por nada, doctor... Por nada... Me parece como que huyera de mí... Es que vivo así, nervioso, preocupado... tengo la idea de que todo el mundo no hace otra cosa que atentar contra mi tranquilidad... Temo volver a ver a esa muchacha con sus ataques de llanto... No sé.... no se... ¡Esto es como para enloquecerse!....

VEIGA.—Bien. Cálmate... Ten serenidad... y hablemos... Siéntate... Yo, precisamente, he venido a eso; a hablarte seriamente, muy seriamente... pero necesitamos para ello, mucha calma... tú, especialmente...

GUSTAVO.—¿Va a volver usted a interrogarme, doctor?

VEIGA.—Acaso... pero creo que voy a acusarte, primero...

GUSTAVO.—¿A acusarme?

VEIGA.—Sí. No te alarmes. Me creo con derechos para ello. Por otra parte he venido a saber la verdad, a oir la verdad y a decir la verdad, ¿entiendes? ¡Cualquiera que ella sea! **(Gustavo le oye entre sorprendido e indignado.)** Tu conducta se ha hecho sospechosa... sí, sospechosa... no para mí que estoy por encima del bien y del mal... sino para los otros... para todo el mundo, y lo peor es que envuelves en la suspicacia agena a un ser inocente... ¡por qué tiene que ser inocente!... a Emilia, a tu hija...

GUSTAVO.—¡Qué quiere decir usted, doctor! Hable usted claro...

VEIGA.—A eso he venido, te lo he dicho... pero no te sulfures que eso te ofuscará... Y aquí necesitamos claridad, serenidad... Siéntate... **(Veiga se sienta tranquilamente. Gustavo le imita, pero inquieto, desconfiado, casi trágico. Una larga pausa.)** Escúchame, Gustavo. Aquí van a hablar los corazones no las bocas: las conciencias, no los convencionalismos! Dime... ¿María Antonia se suicidó, en efecto? **(Mirándolo fijamente.)**

GUSTAVO.—**(Alarmado.)** ¡Maestro!!... ¿Qué ha pensado usted? ¡Hable!... ¿Qué ha pensado usted?

VEIGA.—¡Basta!... Cualquier cosa que yo haya pensado, tu amigo, tu maestro, tu confidente, es menos, mucho menos de lo que los demás pueden haber sospechado... Me basta con tu actitud... ¡Nada más!...

GUSTAVO.—¡Oh!... ¡Esto es horrible!... Intolerable...

VEIGA.—No. Esto es humano... ¡demasiado humano!...

GUSTAVO.—Por favor, maestro... Hable usted. Ahora soy yo el el que quiere saber y oir la verdad... Hable usted. ¿Qué quiere usted decir?

VEIGA.—Ya lo sabrás... Y contesta... ¿Por qué se suicidó María Antonia?

GUSTAVO.—Pero, maestro... ¿Por qué duda usted?... Se lo he dicho ya... Créame usted... lo ignoro en realidad... aún cuando pueda creer que fué por celos... por amargura... no se...

VEIGA.—Sí, tú lo sabes... lo sabes... Te lo he dicho: en toda tragedia hay un punto de partida casi imperceptible, que no nos atrevemos a desentrañar, que nos negamos a desentrañar, aunque pesa en nuestras conciencias como una lápida!... Y tú llevas en tu espíritu esa semilla de terror como una punta de fuego... Descárgala de una vez... ¡Sé hombre una vez!... **(Pausa. Gustavo queda como aplastado por la acusadora serenidad de Veiga.)**

GUSTAVO.—¡Esto es horrible!... ¡Horrible!... **(Hunde su cara entre sus manos.)**

VEIGA.—Tú amas a Emilia... a tu hija... a la hija de María Antonia!...

GUSTAVO.—¡Maestro!...

VEIGA.—**(Precipitadamente, como si no quisiera darle tiempo a enlazar argumentos de defensa.)** Sí. Tú la quieres como mujer... no como

hija... Y tu amor, criminal en el fondo, te avergüenza pero te domina... Eso lo sabía María Antonia... Lo descubrió hace tiempo... Seis meses, un año, acaso... No se atrevió a creerlo primero... le quemaban el alma la sospecha y los labios la acusación... pero terminó por llegar hasta la evidencia... y la evidencia la mató... sí, la evidencia la mató!... ¿Y tú no fuiste capaz, ni de comprender la enormidad de tu crimen.... ni de substraerte a la monstruosa pasión, ni de impedir la terrible consecuencia... ¿Es o no es esa la verdad? Niégala si puedes...

GUSTAVO.—**(Se echa a llorar.)** Sí, maestro... Sí... Es verdad... Es verdad...

VEIGA.—¿Lo ves? Siempre los demás leen en nuestras almas más claramente que nosotros mismos... Y la calumnia, la sospecha, la suspicacia, si algo tienen de terrible, de atormentador, es que siempre parten de una base de verdad!... Sé leal. ¡Confiesa! ¿Por qué se mató María Antonia?... ¿Cual fué la gota de amargura que desbordó su corazón?.... ¿Cómo supo la verdad? ¿Acaso...

GUSTAVO.—No... No maestro... No vaya usted más adelante... Confieso mi culpa.... ¡Emilia es tan inocente como casta y pura!... Yo quiero a Emilia... Es monstruoso, sí, criminal mi cariño... pero la quiero, desde hace tiempo... desde que la mujer comenzó a florecer en ella con el encanto subyugante de la belleza... de la tentación... del instinto... Sí... Maestro... Esta pasión es como una racha cálida, encendida, que pasara sobre el alma, agostando todo noble florecimiento... pero levantando a su paso una vegetación frondosa de malezas y de espinas...

VEIGA.—Sí... la Zarza... la Zarza maldita...

GUSTAVO.—Sí, maestro... pero ella no ha ido más allá... Ha nacido y crecido en mí, hasta ahogarme, echando raíces en el alma y en los sentidos... pero que morirá, que se ahogará conmigo... ¡se lo juro!...

VEIGA.—Sin embargo, María Antonia, fué su víctima ya...

GUSTAVO.—Sí... porque ella también se dejó envolver en su ramazón... porque ella fué, acaso, la verdadera culpable, la única culpable... En su perspicacia de mujer celosa, tuvo clara la sospecha, cuando la pasión no era más que semilla, gérmen... No lo supo o no lo quiso evitar!... Sus propios celos, no reprimidos, pero tampoco francos, fueron aire que avivaron la llama... Oh, nada aviva tanto el mal deseo como la forzada ocultación!... María Antonia pudo impedirlo... No quiso, no, no quiso! Y esa criatura siguió creciendo, en forma y en belleza... Esa ansia maligna de todos los celosos, de descubrir la deslealtad, inspiraba a María Antonia perversos planes de comprobación... Era ella misma quien la ponía frente a mí, todos los días, a todas horas... Era ella misma quien la echaba en mis brazos, cuando ya su contacto quemaba los sentidos, y su aliento enardecía y embriagaba el alma. Era ella misma, en sus inconsciencias, en esa perversidad investigadora de los celos, quien jugaba con mis malos instintos, por ver, por descubrir, por cerciorarse, aunque luego la evidencia que ella misma buscaba le destrozara el alma... ¡Oh!, maestro... usted no sabe..... usted no puede comprender toda la enormidad de esta tortura!....

VEIGA.—Sí, sí, Gustavo... la conozco... la veo...

GUSTAVO.—Dos noches antes de la tragedia, a su propio pedido, llevé a Emilia a un baile... a una fiesta mundana... María Antonia no quiso ir... Aquel paseo, de noche, en pleno reventar de la primavera... embriagados los sentidos por el alcohol y por la danza... solos... juntos... colmó la medida de la razón y de la fuerza... Desde aquel momento yo no ví en Emilia más que a la mujer... a la mujer que se levantaba frente a la otra, con todos los prestigios de su juventud, de su belleza, de su ternura ingénua... María Antonia nos esperaba, ardiendo en la llama inconsumible de sus celos.... El mal momento pasó... Pero la noche del suicidio... cuando al regresar del club... la casa en si-

el otro día al verla tan conmovida... le quiere a usted mucho... **(Baja Emilia por la escalera.)**

VEIGA.—Bien... Ahí viene Emilia... Y que no suceda lo del otro día...

IGNACIO.—Pierda usted cuidado, doctor...

ESCENA VI

Dichos — EMILIA

EMILIA.—Ignacio... ¡Papá!.... **(Saluda a Ignacio.)**

IGNACIO.—Emilita... **(La toma de las manos.)** Te noto más repuesta... **(A Veiga.)** ¿Cómo decía usted, doctor, que la veía menos fuerte?.... Yo no la encuentro así.... ¿Verdad, señor Morales?

EMILIA.—Es que estoy un poco más tranquila. A todo se habitúa una al fin... ¿Y tú? ¿Estás bien?

IGNACIO.—Ya lo ves... ahora que te veo, que estoy a tu lado, mejor que nunca!...

EMILIA.—Siéntate... **(A Gustavo.)** ¿Se han reconciliado ya ustedes?

GUSTAVO.—**(Dominando su profunda emoción y ante la mirada inquisitorial de Veiga.)** Sí... Ya le he dado mis explicaciones...

IGNACIO.—**(Riendo.)** No eran tan graves, por cierto...

GUSTAVO.—**(Sin poderse contener.)** Bien... Los novios deben quedar solos... Vamos, maestro... ¿o prefieren pasar a la sala?....

VEIGA.—No... queden aquí... Es muy grande la sala para dos novios... Hasta luego.... Vamos, Gustavo... **(Vanse por derecha.)** Iremos al jardín!....

EMILIA.—Por mí... pueden quedarse si quieren... no molestan!...

GUSTAVO.—Hasta luego... **(Mutis.)**

ESCENA VII

EMILIA — IGNACIO

IGNACIO.—**(Aproximándose a ella.)** ¡Cómo!... ¿No prefieres quedar sola conmigo?....

EMILIA.—Bah... No lo he dicho por eso... Es por no despedirlos así... Como si estorbaran...

IGNACIO.—Y estorban, nena... A los novios les estorba todo.... Ya sabes la definición de Tolstoy: "Amar es querer para sí a alguien, con exclusión de todo otro ser"...

EMILIA.—Sí... cuando se quiere...

IGNACIO.—¿Y qué? No me quieres así, acaso, tú?... ¿Como yo te quiero? Eh... **(Emilia baja la cabeza.)** Dilo... ¿no me quieres, acaso, así, egoistamente, tolstoyanamente?....

EMILIA.—Ignacio...

IGNACIO.—¡Emilia!... ¿Por qué te quedas así? ¿Eh?... El otro día ocurrió lo mismo.... más... Llegaste a decirme que "quisieras quererme mucho más"... Yo lo atribuí a nuestra pelea anterior, pero veo que continúas en el mismo estado... con la misma frialdad de siempre... ¿por qué? Dímelo... ¿Acaso estás ofendida todavía?...

EMILIA.—No, Ignacio... no estoy ofendida... pero, francamente... no insistas... no volvamos a las mismas...

IGNACIO.—¡A las mismas! ¿Qué quieres decir?... Te molesta acaso que te pregunte si me quieres... si me quieres como yo necesito que me quieras?... ¿eh? Dilo... con franqueza... Es lo único que necesito saber de tí... y que, al fin, aclarará toda esta situación en que vivimos hace tanto tiempo...

EMILIA.—Ya te lo he dicho, Ignacio... Yo no he quedado con la muerte de mamá con el espíritu tan claro, tan diáfano, como lo creía tener antes... no me se explicar... pero la verdad es que... que... hasta me tortura pensar en esto... oirte esas cosas... hablar de lo que me hablas!...

IGNACIO.—Emilia, ¿qué dices?...

EMILIA.—Sí, Ignacio... perdóname, pero necesito yo también des-

cargar mi cerebro, mi alma.... no sé, algo que llevo aquí dentro **(Por el pecho.)** o aquí **(Por la cabeza.)** que me pesa y que me quema y que me molesta...

IGNACIO.—No te entiendo, querida... no te entiendo...

EMILIA.—Ni yo misma me entiendo, Ignacio... Tú eres bueno, muy bueno y muy noble... Me quieres mucho, mucho... yo lo sé, lo veo... y te lo agradezco... pero yo... yo... ¡oh, Dios mío!...

IGNACIO.—Que... ¿tú no me quieres acaso? ¿Verdad? ¿Tú me has perdido ya todo el cariño, no?... Dilo de una vez... nunca será tan cruel tu confesión como lo es tu conducta conmigo... ¡Dilo, pues!...

EMILIA.—No... no es eso... Ignacio...

IGNACIO.—¡Y para esto me has hecho venir!... ¡Para esto has consentido en que volviera!.... ¡Oh!....

EMILIA.—No, Ignacio... No te pongas así... escúchame... Yo estoy serena... Mírame... No estoy como el otro día... Hoy siento que una profunda calma me ensancha y me refresca el alma y el cerebro... Por eso te hice venir... por eso consentí en que el doctor Veiga te llamara... y quiero aprovechar esta serenidad para hablar claro contigo... conmigo misma... Hasta ahora todos mis actos se realizaban por cuenta agena... Mi madre, mi padrastro, el doctor Veiga, todos, menos yo... menos yo misma, eran los que mandaban y pensaban y hacían... Hoy me siento libre de todo y de todos... y mi primer instinto es volar a pleno aire... es mirar al sol directamente... al sol que es la verdad..... que es la luz!... ¡Yo no quiero mentir!...

IGNACIO.—Mentir... ¿a quién? ¿Por qué? Te desconozco, Emilia. ¿Qué quieres decir?...

EMILIA.—Sí... yo también me desconozco, pero me presiento.... **(Pausa. Con una gran resolución.)** Yo no te quiero Ignacio...

IGNACIO.—¿Qué dices?...

EMILIA.—Sí, perdóname... pero esa es la verdad, yo no te quiero como debiera quererte, como tú lo quieres y lo necesitas... Tú mismo lo has dicho... ¡Cómo tú me quieres!

IGNACIO.—Oh... ¡Esto es demasiado!....

EMILIA.—Mi pobre madre inventó este noviazgo... no sé, por qué ni para qué. Pero habituada a ordenar en mis sentimientos, te impuso a mi cariño, como una cosa, como una obligación... Me hizo ver que yo debería quererte y me hizo creer que yo te quería... Y así me dejé llevar por su voluntad, ciega en la mía, sin rebeliones, sin conciencia casi... De ahí todas nuestras reyertas que no tenían causa aparente. Tú mismo te sentías guiado, seducido, por lo que ella más que por la que yo te decía, de mí o de mi cariño... ¿Es esa la verdad o no? ¡Vivíamos engañados!...

IGNACIO.—Oh... ¡Qué infamia!... ¡Qué infamia!... ¿Y por qué no hablaste antes? ¿Por qué no tuviste esta brutal sinceridad cuando pudiste tenerla?

EMILIA.—Por que vivía atada a mi madre, a su voluntad... Pero la desgracia quiso que la pobre me abandonara... y ¡oh, Dios mío!... con el dolor de su muerte sentí como una desgarradura en el alma.... me sentí libre, desligada, desprendida de su voluntad... ¡y comprendí entonces la verdad, toda la verdad... comprendí que no te quería...., que tú no eras el hombre soñado... que mi dicha, si alguna me depara la vida, no estaba a tu lado... ni contigo ni por tí!...

IGNACIO.—Oh... ¡Comprendo!... ¡Comprendo!... ¡Lo comprendo todo ahora!.... No me atrevía ni a sospecharlo... no quería sospecharlo... ¡pero ahora lo veo claro!... ¡Monstruosamente claro!... Ahora me explico el odio de tu padrastro... la inquina secreta que le desborda de los ojos y de las palabras cada vez que me mira o que me habla... Ahora comprendo su furor del otro día... ahora comprendo el suicidio de tu madre!!

EMILIA.—**(De pié, trasmutada.)** ¿Qué dices?...

IGNACIO.—... Ahora comprendo el repentino viaje... su afán de huir de mí... o de tí.... ¡o de qué se yo!...

EMILIA.—¿Qué viaje?.... ¿De quién?.... ¡Habla! ¿Quién huye de tí?.... ¡Habla! ¿Gustavo?... ¡Dilo!.... ¿Gustavo?....

IGNACIO.—¿Lo ves?, ¿lo ves?... ¡Hasta en la forma de nombrarlo te denuncias!.... ¡hasta la sorpresa que te causa su viaje te vende!... ¡Oh!... Y no haberme dado cuenta... no haberme dado cuenta..... ¡Mala mujer!....

EMILIA.—**(Altivamente.)** ¡Basta!... ¡Basta!.... **(Señalándole la puerta.)** ¡Esa es la solución!... ¡Calumniador!... ¡Vete!... ¡Vete!... **(Llamando.)** ¡Juan!... ¡Juan! ¡Juan! **(Ignacio toma su sombrero y vase precipitadamente por foro, donde aparece Juan.)** Acompañe al señor.. **(Mutis Juan. Emilia se echa de bruces en el sofá ocultándose el rostro con las manos. Entran por derecha Gustavo y Veiga precipitadamente.)**

ESCENA VIII

EMILIA — VEIGA — GUSTAVO

VEIGA.—¿Qué ocurre? ¡Por Dios!... ¿Qué ocurre?

GUSTAVO.—**(Se queda inmóvil en la puerta derecha.)** ¡Todo se conjura!...

VEIGA.—Pero, ¿qué ha pasado?... ¿Dónde está Ignacio?...

EMILIA.—**(De pié, serenamente.)** Lo que tenía que pasar, doctor... lo que tenía que pasar antes que fuera demasiado tarde!..... **(Señala la puerta por donde se fué Ignacio. Veiga vase por ella corriendo. Emilia se dirige precipitadamente como si se ahogara, a la ventana de foro y la abre de par en par. Con un gran suspiro.)** Necesito aire... mucho aire..... ¡Parece que me hubiera arrancado una piedra del pecho!... **(Se sienta frente a la ventana. A través de ella se ve el jardín y los árboles distantes. Comienza a entrar la noche llenando la escena de una suave penumbra.)**

ESCENA IX

EMILIA — GUSTAVO

(Gustavo se aproxima a ella, por detrás. La contempla un segundo, luego acariciándole la cabeza con ternura, le dice, muy quedo, como con temor.)

GUSTAVO.—Sí, descansa, nena... Tranquilízate... ¿Ves, como yo tenía razón el otro día para sulfurarme?... ¿Cómo, al fin, no fuí tan injusto como lo parecí?... Tú no estás en estado de sufrir esas rencillas de novios, sin consecuencias... todavía... El no puede comprender tu situación de espíritu... y es claro... vuelve a las mismas... ¿Qué ha ocurrido?.... ¿Han reñido otra vez?...

EMILIA.—Sí...

GUSTAVO.—Bien... Es necesario que no se repita eso... Cuestión de días, nena... cuando estés más tranquila... cuando ya no vivamos aquí, podrás reanudar tus entrevistas con él...

EMILIA.—**(Sorprendida.)** ¿Cuando ya no vivamos aquí?... ¿Qué?... ¿Acaso nos vamos de esta casa?...

GUSTAVO.—Sí, hijita... por un poco de tiempo.... Es necesario... Esta casa está llena de recuerdos tristes....

EMILIA.—¿Y a dónde iremos?

GUSTAVO.—Por lo pronto, y aprovechando un generoso ofrecimiento del doctor Veiga, tú irás a la casa de la hermana, la señora Adela...

EMILIA.—**(Subiendo en la sorpresa.)** ¿A la casa del doctor?...

GUSTAVO.—Sí... Entre tanto yo realizaré un viaje a Europa.... Muy urgente... pero es cuestión de tres o cuatro meses... o tal vez menos....

EMILIA.—**(Para sí misma.)** Entonces... es verdad... era verdad...

GUSTAVO.—¿Qué cosa?... ¿Qué es verdad?...

EMILIA.—Nada... nada... ¿Y me va usted a dejar sola?

GUSTAVO.—No, nena... sola no... Quedarás con la señora Adela que será para tí como una madre.... Podrá acompañarte Juan, si quieres... Además — ya lo he convenido — allí podrá visitarte Ignacio....

Ya lo ves... Estarás más distraída que aquí mismo...

EMILIA.—Ignacio... ¡Oh!.... Hemos roto ya definitivamente....

GUSTAVO.—**(Con sonrisa dudosa.)** ¿Definitivamente? Oh... Ya se arreglará eso...

EMILIA.—No, no... no se arreglará nunca.... ¡nunca ya!... Se lo he dicho... se lo he dicho bien claro: yo no lo quiero... yo no le he querido nunca... ¡para qué seguir engañándolo!...

GUSTAVO.—**(Sin poderse contener.)** ¿Eso le has dicho?... Pero... ¿es verdad? ¿No le quieres?

EMILIA.—No... no lo he querido nunca... de ahí lo que él llamaba tibieza en mí.... yo lo aceptaba porque mamá me lo imponía... nada más.... pero ahora... ahora...

GUSTAVO.—Ahora. ¿Qué?... nena... Ahora ¿qué?... ¿Quieres a algún otro, acaso?....

EMILIA.—No... no lo sé... pero... pero... ¿por qué me lo pregunta usted, Gustavo?

GUSTAVO.—**(Haciendo un esfuerzo para librarse de la influencia que comienza a invadirlo.)** Por nada, hijita... por nada... **(Pausa.)**

EMILIA.—¿Quiere decir que usted se va por mucho tiempo, Gustavo?... ¡quizás para siempre!... ¿Me abandona usted también?...

GUSTAVO.—Oh, no, nena, no... No digas eso, por Dios... Lo digo por decir... Yo volveré... pronto, muy pronto... tres o cuatro meses nada más...

EMILIA.—¿Y por qué ese viaje?... ¿a qué viene esa partida así... tan repentina... tan... fuga, sí, tan fuga!....

GUSTAVO.—¿Fuga?... ¿Qué dices?...

EMILIA.—Sí... Usted huye... sí, huye.... él mismo, Ignacio mismo me lo ha dicho...

GUSTAVO.—¿Ignacio?....

EMILIA.—Sí... Me lo ha gritado aquí mismo, hace un momento... Usted huye, Gustavo... ¿Por qué? ¿De quién?...

GUSTAVO.—Oh... ¡El miserable!...

EMILIA.—Ahora veo claro... Ya no es mi madre, solamente, la que me huye, la que me mira con frialdad, con dureza... Ahora es usted también... son todos.... Usted huye de mí... de mí, que desde hace un tiempo soy como una flor maldita en esta casa...

GUSTAVO.—Nena... nena... pero ¿qué monstruosidades dices?... Cómo se te ocurre eso... Vamos, hijita... No seas así... Cálmate.... por Dios... ¡Cálmate!...

EMILIA.—**(Reaccionando violentamente.)** ¿Por qué se mató mamá, entonces?... Dígamelo, ¿por qué?... ¡Usted lo sabe!...

GUSTAVO.—Pero, nena... ¿qué dices?... Yo no lo sé... te lo juro... No lo sé... Tu pobre madre sufría... padecía de algo... de algo inexplicable... pero yo no conozco la verdadera causa... te lo juro....

EMILIA.—Entonces... ¿por qué huye usted?, ¿por qué me quiere abandonar también?....

GUSTAVO.—No, nena... si yo no te abandono... y si te opones no me iré a Europa, no me iré... pero no sufras... yo no quiero que sufras... mi vida!... **(La abraza tiernamente.)**



EMILIA.—Y yo no quiero que usted se vaya... que usted me deje... que usted me huya, Gustavo... ¡Yo lo quiero!

GUSTAVO.—¡Qué dices, nena!... ¿Me quieres?... ¡Tú!... ¿tú también?... **(Emilia oculta la cara en el pecho de Gustavo. Este la abraza.)** ¡Oh! Dios mío... ¡Si parece obra del Destino!... Sí, mi vida, sí... Me quieres, yo lo sé, lo sabía... no podía ser menos... Me quieres como yo a tí, con la fuerza de la juventud y de las almas... ¿Quién pudo impedirlo? ¿Qué ley, qué moral puede haber más fuerte que esta de la naturaleza y de la vida?.... Más fuerte que nosotros, más fuerte que la muerte... sí, mi bien... yo te quiero y desde hace tiempo, desde hace mucho tiempo... y todo esfuerzo fué inútil para arrancarte de mi alma,



de mis nervios, de mi pensamiento....

EMILIA.—**(Que se ha ido separando de él lentamente, mientras habla, transfigurada, le grita.)** Entonces... ¿usted mató a mi madre?.... ¿Usted la mató?....

GUSTAVO.—No... no... ¡No digas eso! ¡Yo no la maté!... Bien sabe Dios que ni siquiera pude preveer su suicidio... Ella misma se mató, acaso sospechando mi pasión, mi criminal pasión... sabiéndola acaso... pero yo no pude impedirlo.... Por qué tú y yo y tu madre hemos sido culpables todos... todos... culpables inconscientes... víctimas de la misma fatalidad...

EMILIA.—**(Echándose nuevamente en sus brazos.)** Oh... ¡Qué horrible!.... ¡Qué horrible!... Yo también fuí culpable... yo también...

GUSTAVO.—¡Nena!....

EMILIA.—Sí, yo también... que lo ví... que lo pensé... que no quise evitarlo... que no pude evitarlo...

GUSTAVO.—¡Nena!...

EMILIA.—Yo me sentía también dominada por esa extraña fuerza... ¡Oh!... Los dos... los dos... somos los asesinos de mamá...

GUSTAVO.—Nena... No digas eso... no digas eso....

EMILIA.—**(Separándose bruscamente.)** Sí... sí, los dos somos asesinos de mamá... ¡los dos!... **(Vase corriendo llorando por la escalera.)**

GUSTAVO.—¡Nena!... ¡Amor mío!... ¡Nena!...

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores

ESCENA I

JUAN — ANATILDE — JORGELINA

(En la parte que simula ser el hall, discuten Anatilde y Jorgelina con Juan que les impide el paso.)

JUAN.—**(Casi empujado por ellas.)** ¡Pero... señoritas!... Les digo a ustedes que el señor no está, y que la niña no recibe a nadie...

JORGELINA.—Pero; ¡Jesús, qué hombre más porfiado! Anúncienos usted a la niña nada más... verá como nos recibe...

ANATILDE.—Claro está... Vaya, pues... Obedezca...

JUAN.—Es que... perdónenme, señoritas... pero es orden de ella misma!...

JORGELINA.—Esa orden no puede rezar con nosotras... que somos como hermanas...

ANATILDE.—De la finada, Jorgelina... de la finada; no te olvides!...

JORGELINA.—Sí, pues, somos como hermanas de la finada... Vendríamos a ser como tías de ella... ¿No es eso?

ANATILDE.—Así es, precisamente... como tías... Vaya usted pues...

JUAN.—Voy a molestarla inútilmente... porque la niña me lo ha prohibido.... Además... el señor también me ordenó que no recibiera a nadie durante su ausencia....

JORGELINA.—¿El señor?.... ¿Lo ves, Anatilde?... ¿Lo ves?... Lo que yo te decía....

ANATILDE.—¡Jesús y María!... ¡Una nunca piensa lo suficientemente mal!...

JORGELINA.—No importa... Vaya usted no más... Si la orden no se ha especializado... Vaya usted... no es para nosotras...

ANATILDE.—Claro... No puede ser para nosotras...

JUAN.—Como ustedes gusten... Yo iré... pero vuelvo a advertirles... creo que es inútil... **(Vase por escalera.)**

ESCENA II

ANATILDE — JORGELINA

JORGELINA.—Jesús.... ¡Qué hombre! Este ya se pasa de cerradura "Yale".... Este es una combinación...

ANATILDE.—Sí... combinación a varias letras, ché... Porque la cosa anda entre Emilia, Gustavo, el zonzo este y ese otro viejo lechuzón del doctor Veiga...

JORGELINA.—Lo que yo digo... Todo este misterio huele a gato encerrado... Aquí, para "inter nos" como vos decís...

ANATILDE.—Sería monstruoso... "Efrayante" como dicen los franceses...

JORGELINA.—Y en la misma casa donde se mató la finada, por su culpa... porque ya no hay duda de que se mató por eso...

ANATILDE.—¡Qué horror!... ¡Con el padrastro!...

JORGELINA.—Bueno... la verdad es que Gustavo es todavía un buen mozo...

ANATILDE.—Sí, pero ella... ella es una criatura... una chicuela...

JORGELINA.—¡Yo no sé que aficiones tienen ciertos hombres!.... **(Baja Juan.)**

ESCENA III

Dichas — JUAN

JUAN.—Lo que yo les decía, señoritas....

JORGELINA.—¡Qué! ¿No quiere recibirnos?...

JUAN.—No es eso... pero dice la niña que la disculpen... que está con dolor de cabeza y que lamenta no poderlas atender hoy...

JORGELINA.—¿Sí?... pues, entonces, que espere no más que volvamos...

ANATILDE.—Sí, que espere acostada porque se va a cansar... Vamos, ché...

JORGELINA.—Y que se le alivie el dolor de cabeza... ¡Que tome piramidón!.... Vamos...

ANATILDE.—¡Efrayante!... ¡Efrayante!....

JORGELINA.—Dígale a la niña, que hace muy bien en no recibirnos... Qué con eso no hace más que adelantarse a lo que harán los amigos cuando se sepa la verdad... la triste verdad... ¡Buenas tardes!... **(Aparece por foro Veiga.)**

ANATILDE.—El doctor viene oportunamente. Ahí queda otra cabeza enferma que curar...

JORGELINA.—¡Con la diferencia de que esta no está agujereada todavía!.... **(Vanse por foro.)**

ESCENA IV

JUAN — VEIGA

VEIGA.—¿Qué quieren estos guacamayos?...

JUAN.—Querían ver a la niña... y la niña se negó a recibirlas... pretextando tener dolor de cabeza.

VEIGA.—¡Ha hecho bien!... ¿De modo que no está indispuesta?

JUAN.—No, doctor... Está en su habitación, y me dió orden de que no recibiera a nadie a excepción de usted... y que cuando usted viniera

que le avisara...

VEIGA.—¿No está Gustavo?....

JUAN.—No, doctor. El señor Gustavo salió hace un rato. Parece que anda buscando casa para mudarse...

VEIGA.—¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

JUAN.—Me mandó anoche llevar un aviso a "La Prensa"... y además me dió orden de ir arreglando todo lo de la niña y de él...

VEIGA.—¿Y lo demás?

JUAN.—No sé, doctor... pero creo que lo hará rematar...

VEIGA.—Vé... Avísale a la niña que he llegado yo... ¡Pronto!.... Y prepara una valija con ropas para la señorita. Cuando yo toque el timbre, tráela... Le traerás también su sombrero....

JUAN.—Muy bien, doctor... **(Vase Juan por la escalera. El doctor Veiga queda solo un instante en actitud meditativa. Luego ve un diario sobre el escritorio: es un ejemplar de "La Prensa". Lo examina. Ve marcado uno de los avisos económicos. Lo lee:)**

VEIGA.—**(Solo. Leyendo.)** "Hotelito o chalet en alguno de los pueblos suburbanos de Buenos Aires, se necesita. Dirigirse a G. M. Casilla 2040". **(Deja el diario y queda como abismado en sus pensamientos. Para sí mismo.)** ¿Será posible?... ¿Será posible? **(Aparece por la escalera, Emilia, seguida por Juan. Este hace mutis por foro.)**

ESCENA V

VEIGA — EMILIA

EMILIA.—¡Doctor!... He pasado verdaderas horas de angustia, esperándolo... ¡Yo necesito de su consejo, de su palabra, maestro!...

VEIGA.—Sí, hijita, sí... por eso he venido... Ayer, después de lo que me refirió Ignacio, hice el propósito de no volver más por esta casa... pero hoy, recapacitando, he pensado que no debe abandonarse una batalla mientras no se agote el último cartucho... Veamos. Háblame con franqueza... ¿Qué ha ocurrido con Ignacio? ¿Es verdad lo que él me ha dicho?... ¿Tú no lo quieres?

EMILIA.—No, maestro... no le quiero... Esa es la verdad... me quemaba el alma esa verdad... y por eso tuve que arrancármela... Créamelo usted...

VEIGA.—Y... ¿por qué no le quieres?...

EMILIA.—No lo sé, doctor, no lo sé... pero nunca le he querido... ¡Y ahora menos!...

VEIGA.—Ahora. ¿Por qué? ¿Qué quieres decir con el "ahora" ese?... ¿Se te ha revelado algún nuevo amor con la muerte de tu madre... o, acaso, antes de esa muerte ya habías caído en las garras de otra pasión?... Porque tiene que ser una pasión, una mala pasión, no un amor, la que ha sembrado este viento de tragedia en esta casa!....

EMILIA.—Maestro... ¡Usted lo sabe todo!... ¿Por qué me obliga a decirlo? Hable usted. Dígame usted lo que debe decirme... pero no me interrogue... ¡por Dios!....

VEIGA.—¿Tú también amas a Gustavo? **(Emilia asiente con un gesto, avergonzada.)** ¿Le amas desde hace mucho tiempo?... ¿Y lo sabías?... ¿Lo sospechabas?... ¿Y no trataste de arrancarte esa pasión del pecho, antes que su revelación matara a tu madre, como la mató?... ¿No viste o no presentiste que estabas creando alrededor de tu pobre madre la tela finísima de su desesperación con tu competencia, con tu traición, con tu robo?...

EMILIA.—No diga usted eso, maestro... no lo diga usted... Yo no veía nada... yo no presentía nada...

VEIGA.—¿Y cómo pudiste dejarte dominar por un sentimiento que tenía que repugnar a tu alma pura... ingénua, como lo era?...

EMILIA.—Yo no lo sé, maestro, se lo juro... No lo sé... Gustavo era el único hombre que yo conocía en el trato íntimo, desde los 8 años... Nunca le ví ni le miré como padre... El vino a esta casa cuando yo, en mis 8 años, tenía pleno uso de mi razón... No era mi padre... era un

hombre...

VEIGA.—¡Era el marido de tu madre!...

EMILIA.—Sí, maestro... sí... Pero yo, chica, sin nociones de moral social, solo veía en él a un hombre... a un hombre bueno, cariñoso, que colmaba de caricias a mi madre y cuyas caricias, cuando me las hacía a mí, tenían una extraña repercusión... Yo sentía en ellas el mismo placer, el mismo encanto, el mismo sabor de felicidad que mi madre revelaba al recibirlas...

VEIGA.—¡Oh!...

EMILIA.—Sí, maestro... ¡Yo quiero que usted me comprenda.... A medida que yo crecía iba observando ese misterioso dominio... Ese hombre no era mi padre... Yo le respetaba, yo le admiraba... pero yo me sentía atraída a él, por sobre todo... ¡Oh!... Cuantas veces sufrí el despecho, el dolor de sus caricias a mamita... ¡Quería avergonzarme, quería arrancar de mí ese extraño sentimiento... ¡pero no podía!.... no podía... No me lo sabía explicar a mí misma... y no hallaba fuerzas ni pretextos sino para justificarlo... Hasta que, ahora, con la muerte de mamá.. con todas estas cosas de los últimos días... de ayer, especialmente, lo he comprendido todo... se ha revelado todo a mi razón... y se ha revelado brutalmente, cruelmente... maestro...

VEIGA.—Pues es necesario arrancar de cuajo esa pasión... Te llevaré a casa, con mi hermana, antes de que Gustavo vuelva, antes de que sepa que tú también eres tan culpable como él...

EMILIA.—Ya lo sabe, doctor... Ya lo sabe...

VEIGA.—¡Cómo!... ¡Desgraciada!... ¿Se lo has confesado?

EMILIA.—No... Me he denunciado, maestro... Como si una fuerza desconocida obrara en mí... o en nosotros... todo parece arrastrarnos a la confesión, a la confidencia que queremos ocultar y que no podemos ocultar... Ahora lo veo todo claro, claro como la luz... Yo amaba a Gustavo, yo le amo... Yo me he denunciado a los ojos de mamá... yo he sido tan culpable como él de su suicidio... pero yo no puedo huir, no puedo substraerme a este maldito cariño... Líbreme usted, ¡maestro!... ¡Yo no me siento capaz!

VEIGA.—Sí, sí, hijita. Yo te libraré... **(Toca un timbre. Baja Juan con las valijas y el sombrero.)** Ahí tienes tu sombrero y algunas ropas... Parecerá una huída, pero es necesario... La tragedia de todas las "malqueridas" no termina con la muerte de la madre... No... Ni el crímen, corta las amarras, ni la sangre lava las conciencias... **(En este instante aparece en la puerta de foro Gustavo, que al ver al viejo con Emilia entre sus brazos se detiene y oye el último párrafo.)** ¡La tragedia comienza ahí, precisamente, para la "malquerida"... El rival ahora, no es la materia, es el espíritu... es la muerta misma, que vuelve por sus derechos... Vamos... **(Ella se deja conducir. Juan deja las valijas y vase.)**

ESCENA VI

Dichos — GUSTAVO

(Gustavo se precipita al centro de la escena y se interpone entre Veiga y Emilia, tomando a ésta entre sus brazos.)

GUSTAVO.—Maestro... ¿Qué le está diciendo usted, maestro?.... ¿Por qué la alarma usted? ¿Por qué la incita a huir?... Su amor es tan puro como el mío, porque no provocó la muerte, sino que surgió, floreció sobre ella... ¡Es la vida!... Los muertos no vuelven.

VEIGA.—**(Serenamente.)** ¡Tienes razón!... Los muertos no vuelven... **(Con énfasis profético, pero tranquilo, sin declamación.)** Acaso sus espíritus olvidan, en la transmutación, el deleznable bien que dejan en la tierra. Rompen las amarras... pero los hilos que nos ligaban a ellos en la vida, quedan flotando hacia la Muerte, hacia el Misterio, como las hebras de una telaraña... No... ¡Los muertos no vuelven!... Son nuestras conciencias las que se prolongan hacia ellos, buscando el asidero definitivo entre la realidad efímera y la esperanza eterna.... Por eso son más fuertes que nosotros.

dice de la novia

GUSTAVO.—**(Con una gran ternura.)** No, no, corazón.... No le creas... No hay nada más fuerte que el amor... Y nosotros nos queremos... Ven... No le creas...

VEIGA.—¡Gustavo!... ¡Mira lo que haces! Ya no es la piedad para con la pobre víctima... Ya no son los dictados sociales... los que prohiben tu amor... ¿No te he enseñado, acaso, en mis lecciones, las palabras de Leibniz?... "Todo en la Vida obedece a una metafísica, a una geometría, a una moral"!... Sin ellas no seríamos almas...

GUSTAVO.—¡Maestro! No insista usted... ¡Somos ante todo, seres!...

VEIGA.—Bien... Esperaba verte florecer a pesar de las llamas que te envuelven... Pero, acuérdate de que en la zarza ardiendo había un prodigio; ¡era Dios!... **(Vase lentamente por foro.)**

zarza ardiente

ESCENA VII

GUSTAVO — EMILIA

EMILIA.—**(Quiere desasirse de Gustavo para correr hacia Veiga, pero aquel la detiene.)** Déjeme, Gustavo... ¡Déjeme!... ¡Mamá nos separa!... ¡Mamá nos divide!...

GUSTAVO.—No, corazón... No... Tu mamita se fué, acaso, porque comprendió que no tenía derechos sobre nosotros...

EMILIA.—El maestro tiene razón...

GUSTAVO.—No, no la tiene... Si la tuviera debiera aceptar que sobre la vida no hay más derechos que los de la vida misma... ¡Quédate!... Tranquilízate....

EMILIA.—**(Cayendo en el sofá.)** ¡Gustavo!... Somos culpables.... Somos culpables...

GUSTAVO.—**(De rodillas a su lado.)** No... somos inocentes... Consideramos un crímen lo que solo fué obra de la fatalidad... ¿Por qué hemos de huir al Destino?... No sufras, corazón... Todo se olvidará... Ya lo tengo dispuesto todo... Nos iremos lejos de aquí, donde nadie nos conozca, donde no lleguen ni las palabras de ese viejo sombrío, ni los recuerdos de las cosas muertas que nos rodean... ¡Sí, mi bien!... Nunca he sentido este profundo afán de vivir... Esta enorme sed de amor, y de felicidad... Nunca he visto la dicha tan cerca de mí como ahora. Tú eres la dicha... Deja a los viejos y a los muertos que hablen de tristezas. Nosotros somos la alegría... somos la juventud y la vida..... ¿Verdad, corazón, que me querrás, que me querrás mucho?... ¿Qué serás muy feliz conmigo? ¿Qué no habrá nada que te arrebate de mí.... corazón?... Dime... ¡Dímelo!...

EMILIA.—**(Dejando caer su cabeza sobre el brazo de Gustavo, que la envuelve, suspira un sí imperceptible. Gustavo lo recibe con un beso largo y hondo.)**

GUSTAVO.—**(Radiante.)** Verás, que felices seremos... y como nada ni nadie... se opondrá a nuestra felicidad!.... **(Aparece en la puerta del foro, Juan, un tanto cohibido al verlos en aquella intimidad.)**

ESCENA VIII

Dichos — JUAN

GUSTAVO.—**(Irritado.)** ¿Qué quieres aquí?

JUAN.—**(Medroso.)** Perdone, señor... pero está un empleado y trae la cuenta del entierro!... **(Tiende un papel blanco. Un hálito de hielo pasa por sobre los espiritus de los amantes. Hay una breve pausa de estupor.)**

EMILIA.—**(Estrechándose a Gustavo, demudada de terror.)** Gustavo... Es mamá.... Es mamá...

GUSTAVO.—**(Temblando de emoción.)** Calla... Calla... Por Dios... Bien... Vete... Vete... Que venga otro día... ¡O no!... Espera.... Yo le despacharé.... **(Toma la cuenta. Se registra los bolsillos, nervioso. Saca un manojo de llaves y abre el cajón del escritorio. Saca un revólver, unos papeles, y una libreta de cheques. Emilia va detrás de él como si temiera algo. Gustavo escribe y vase por foro. A Emilia.)** ¡Un segundo, que-

rida!... **(Juan va a retirarse, pero Emilia lo detiene.)**

ESCENA IX

EMILIA — JUAN

EMILIA.—Juan...

JUAN.—**(Sin mirarla.)** Señorita...

EMILIA.—¿Qué tienes? ¿Por qué huyes de mí?... ¿Por qué no me miras, siquiera?

JUAN.—Señorita...

EMILIA.—Veamos... Habla... Tú también pareces lleno de misterio... ¿Qué tienes? Yo necesito de tu compañía....

JUAN.—Señorita... Perdóneme... Yo también quería decírselo... pero no tenía coraje... Yo he resuelto irme...

EMILIA.—¿Irte? ¿De esta casa? ¿Dejarnos?

JUAN.—Sí, señorita...

EMILIA.—¿Y por qué? ¿Por qué nos quieres dejar? ¿Ya no nos quieres?...

JUAN.—No... no es eso, señorita... pero, francamente... no me sé explicar... Yo lo siento mucho... pero... No respiro bien entre estas paredes...

EMILIA.—**(Con la voz emocionada y como si hubiera adoptado una repentina y enérgica resolución.)** Comprendo... Comprendo... ¿Te saca de aquí el alma de la muerta, verdad?

JUAN.—¡Señorita!.... Yo no ignoraba nada... Yo he visto venir poquito a poquito todo cuanto ocurrió... Yo he visto nacer día a día en el señor su mal deseo... Yo le ví desde que usted era niña, cuando la sentaba en sus rodillas y se entretenía en jugar con sus cabellos ensortijados, así, así, con el deleite de quien acariciara guedejas ardiendo... Yo le ví, ya más grandecita, besarla en la boca con ansiedades inconfesables, aunque inconscientes... Y yo la ví a la señora, a la pobre señora, llorar tras los rincones, espiando todo esto, tragándose su pena en lágrimas que debieron ser de una angustia horrible... Y yo me creo también culpable de haberlo visto y no haberlo evitado con un buen consejo... Con algo en fin... Yo, señorita, no podría vivir más junto a ustedes por eso, por todo eso...

EMILIA.—Bien... basta... Vete nomás... **(Juan vase. Emilia queda de pié, de espaldas al escritorio y al público, la cabeza en alto, en la actitud hierática de los que en un momento de suprema ansiedad buscan inspiración en los cielos. Aparece Gustavo por foro.)**

ESCENA X

GUSTAVO — EMILIA

(Gustavo entra demudado, como aplastado por una enorme desilusión. Va oscureciendo. En el jardín un tinte arrebolado se mezcla a las primeras sombras de la noche.)

GUSTAVO.—¡Qué horrible!... ¡Qué horrible!... **(Queda también un instante callado, quieto, como si no se atreviera a romper el silencio. De pronto mira a Emilia. Reacciona rápidamente.)** ¡Emilia!.... Mi bien... ¿Qué tienes?... **(Va hacia ella pero ella lo rechaza.)**

EMILIA.—No... no... El maestro tenía razón... Somos culpables, Gustavo.... somos culpables....

GUSTAVO.—No, mi bien... No somos culpables... ¿Por qué impresionarnos así por detalles nimios de la casualidad?....

EMILIA.—Son las hebras de la telaraña, Gustavo... En vano es que como los criminales tratemos de agruparnos para hacer menor el remordimiento... Nuestra culpa nos separa... Y es inútil que tratemos de huir... Nuestras conciencias nos atraen alrededor de la víctima... Rompamos la amarra, Gustavo... **(Suplicante, llorando.)** ¡Rompámosla!....

GUSTAVO.—No, corazón... No digas eso... Ahora menos que nunca... Ahora que sabemos que nos queremos... ahora que no podemos separarnos... Ya no hay fuerza capaz de arrancarte de mí... no, no la hay... Sea la Conciencia o sea el Amor... Emilia... **(Va a tomarla entre sus brazos pero ella se desprende violentamente y pasa detrás del es-**

critorio.)

EMILIA.—**(Trágica.)** No... Déjeme... déjeme!...

GUSTAVO.—No... no... Eres mía, Emilia... ¡Ahora más que nunca!... Huyamos de aquí... Ya nada te separará de mí... **(Emilia se deja llevar por Gustavo, pero, al hacer mutis se detiene espantada.)**

EMILIA.—Gustavo...

GUSTAVO.—¿Qué, corazón?

EMILIA.—Una ráfaga helada ha cacheteado mi mejilla...

GUSTAVO.—¡Oh!

EMILIA.—¡Es mamá!

GUSTAVO.—¡Oh!... ¡oh, nena!....

EMILIA.—Debemos separarnos... ¡papá!

GUSTAVO.—¡Yo te quiero, Emilia!... ¡Nada podría separarme de tí!

EMILIA.—**(Tomando el revólver que Gustavo sacó del cajón del escritorio.)** No, Gustavo... no... Si no hay fuerza que nos separe... esto puede separarnos.... ¡Tome!.... ¡Mátese, o me mataré yo! **(La actitud trágica y doliente a la vez, de Emilia, empuñando el revólver, hace reaparecer en Gustavo la visión de su esposa, la noche del suicidio. Una racha de espanto le sacude los nervios, le hiela la sangre.)**

GUSTAVO.—**(Espantado, presa del pánico, los ojos saltando de las órbitas, sin aliento casi.)** ¡María Antonia!... ¡María Antonia!... **(Despejándose la cabeza con la mano como si quisiera arrancar de ella la visión.)** ¡Oh!.... ¡deja eso!... ¡Deja eso!... Sí... sí, Emilia... Sí.... Nos separaremos.... Nos separaremos.... vete.... vete... **(La toma cariñosamente la cabeza con las manos y la besa en la frente.)** ¡Adiós, hijita!... **(Llama.)** Llora, hijita, llora... Solo así puede apagarse la mala llama... **(Aparece Juan en el foro.)** ¡Adiós, hijita!... **(Emilia vase llorando por el foro. Al mutis.)** ¡Emilia! ¡Emilia!

EMILIA.—¡Gustavo!... ¡Papá!... **(Gustavo vá al sitio en que se hallaba al levantarse el telón del primer acto; toma la "caja-secretaire" y el revólver y cae llorando sobre la mesa.)**

TELON

[illegible] sexualidad abierta

culpable
mala llama